

proyecto quebranta las antiguas instituciones de esta especie : lo cual es falso , porque si se consideran las alteraciones que ha habido en el régimen concejal , se verá que ha sido imposible fijarse en ninguna de sus varias bases , contrarias todas , como era preciso que lo fuesen , á las ideas y necesidades actuales. El que quiera conservar las instituciones antiguas , debe ante todas cosas hacer el milagro de infundir en todos sus conciudadanos los sentimientos y las costumbres de los siglos que pretende resucitar.

POESÍAS.

I.

LA MUERTE DE JESUS.

¿ Y eres tú el que , velando
La escelsa magestad en nube ardiente ,
Fulminaste en Siná ? y el impio bando ,
Que eleva contra tí la osada frente ,
¿ Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso ?
Mas ora abandonado
¿ Ay ! pendes sobre el Gólgota , y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado ;
Cubre tus bellos ojos mortal velo ,
Y tu luz estinguida
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena ,
Amor mas poderoso que la muerte ;
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes ; y leon fuerte ,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero .
¿ O víctima preciosa ,
Ante siglos de siglos degollada !
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada ,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno .
¿ Ay ! ¿ quién podrá mirarte ,
¿ O paz , ó gloria del culpado mundo ?
¿ Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo
Viendo que en la delicia

Del gran Jehová descarga su justicia ?
¿ Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas , amor mio ?
¿ Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez ? ¿ Cuál brazo impió
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina ?
Cesad , cesad , crueles :
Al santo perdonad , muera el malvado :
Si sois de un justo Dios ministros fieles ,
Cayga la dura pena en el culpado :
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais , verted la mia .
Mas ; ay ! que eres tú solo
La víctima de paz , que el hombre espera .
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera ,
Ante Dios irritado
No espacion , fuera pena del pecado .
Que no , cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia ,
Y á la maldad , que dominaba el suelo ,
Y á las malvadas gentes envolvía ,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente .
Venció la escelsa cumbre
De los montes el agua vengadora :
El sol amortecida la alba lumbre ,
Que el firmamento rápido colora ,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadaver discurría .
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno .
Mas ya , Dios de venganzas , tu hijo amado ,
Domador de la muerte y del averno
Tu cólera infinita
Estinguir en su sangre solicita...
¿ Oyes , oyes cual clama ;
Padre de amor , porque me abandonaste ?
Señor , estingue la funesta llama ,
Que en tu furor al mundo derramaste :
De la acerba venganza
Que sufre el justo , nazca la esperanza .
¿ No veis como se apaga
El rayo entre las manos del Potente ?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente :

Y su triste gemido
 Oye el Dios de las iras complacido.
 Ven, ángel de la muerte :
 Esgrime, esgrime la fulminea espada,
 Y el último suspiro del Dios fuerte,
 Que la humana maldad deja espada,
 Suba al solio sagrado
 Do vuelva en padre tierno al indignado.
 Rasga tu seno, ó tierra :
 Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
 Yace el Criador; mas la maldad aterra,
 Y un grito de furor lanza el profundo :
 Muere... gemid, humanos :
 Todos en él pusisteis vuestras manos.

II.

AL SUEÑO.

EL HIMNO DEL DESGRACIADO.

« El grande y el pequeño
 Iguales son lo que les dura el sueño. »

Desciende á mí, consolador Morféo,
 Unico Dios que imploro,
 Antes que muera el esplendor Febéo
 Sobre las playas del adusto moro,
 Y en tu regazo el importuno dia
 Me encuentre aletargado,
 Cuando triunfante de la niebla umbría
 Ascienda al trono del cenit dorado.
 Pierda en la noche y pierda en la mañana
 Tu calma silenciosa
 Aquel feliz, que en lecho de oro y grana
 Estrecha al seno la adorada esposa.
 Y el que halagado con los dulces dones
 De Pluto y de Citéres,
 Las que á la tarde fueron ilusiones
 A la Aurora verá ciertos placeres.
 No halle jamas la matutina estrella
 En tus brazos rendido,
 Al que bebió en los labios de su bella
 El suspiro de amor correspondido.
 ¡ Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
 No turbe su contento,
 Que es perpetua delicia su existencia,

Y un siglo de placer cada momento.
 Para ellos nace, el orbe colorando,
 La sonrosada Aurora,
 Y el ave sus amores va cantando,
 Y la copia de abril derrama Flora :
 Para ellos tiende su brillante velo
 La noche sosegada,
 Y de trémula luz esmalta el cielo
 Y da al amor la sombra deseada.
 Si el tiempo del placer para el dichoso
 Huye en veloz carrera,
 Une con breve y plácido reposo
 Las dichas que ha gozado á las que espera.
 Mas ¡ ay! á un alma, del dolor guarida,
 Desciende ya propicio :
 Cuanto me quites de la odiosa vida
 Me quitarás de mi inmortal suplicio.
 ¿ De qué me sirve el súbito alborozo,
 Que á la Aurora resuena,
 Si al despertar el mundo para el gozo
 Solo despierto yo para la pena?
 ¿ De qué el ave canora, ó la verdura
 Del prado, que florece,
 Si mis ojos no miran su hermosura
 Y el universo para mí enmudece?
 El ambar de la vega, el blando ruido
 Con que raudal se lanza,
 ¿ Qué son ¡ ay! para el triste que ha perdido,
 Último bien del hombre, la esperanza?
 Girará en vano, cuando el sol se ausente,
 La esfera luminosa :
 En vano, de almas tiernas confidente,
 Los campos bañará la luna hermosa.
 Esa blanda tristeza que derrama
 A un pecho enamorado,
 Si su tranquila amortiguada llama
 Resbala por las faldas del collado :
 No es para un corazón, de quien ha huido
 La ilusion lisongera
 Cuando pidió del desengaño herido,
 Su triste antorcha á la razon severa.
 Corta el hilo á mi acerba desventura,
 O tú, sueño piadoso ;
 Que aquellas horas que tu imperio dura,
 Se iguala el infeliz con el dichoso.
 Ignorada de sí yazga mi mente,
 Y muerto mi sentido :

Empapa el ramo para herir mi frente
 En las tranquilas aguas del olvido.
 De la tumba me iguale tu veleño
 A la ceniza yerta :
 Solo ¡ ay de mí ! que del eterno sueño
 Mas felice que yo nunca despierta.
 Ni aviven mi existencia interrumpida
 Fantasmas voladores ,
 Ni los sucesos de mi amarga vida
 Con tus pinceles lánguidos colores.
 No me acuerdes, cruel, de mi tormento
 La triste imágen fiera ,
 Bástale su malicia al pensamiento
 Sin darle tú el puñal para que hiera.
 Ni me halagues con pérfidos placeres,
 Que volarán contigo :
 Y el dolor de perderlos cuando huyeres
 De atreverme á gozar será el castigo.
 Deslízate callado y encadena
 Mi ardiente fantasía :
 Que asaz libre será para la pena
 Cuando me entregues á la luz del dia.
 Ven, termina la mísera querella
 Deun pecho acongojado,
 ¡ Imágen de la muerte ! despues de ella
 Eres el bien mayor del desgraciado.

III.

LA VIDA HUMANA.

¿ No ves, Fileno, en la florida espalda
 De aquella umbrosa sierra y eminente
 Como un hilo de plata entre esmeralda,
 Nacer bullendo imperceptible fuente ?
 Y ¿ cuál resbala por la herbosa falda
 Tan tenue y fugitiva su corriente ,
 Que del aura sutil aun no es sentida ?
 Así comienza nuestra frágil vida.
 Véla despues, cuando segura pisa
 Del primer llano el floreciente suelo,
 Con otras varias en alegre risa
 Ya convertida en plácido arroyuelo.
 Ora por los declíves baja aprisa
 Buscando el valle con risueño anhelo :
 Ora lenta, la selva circundando,

Con las flores del márgen va jugando.
 O bien, ya mas audaz, por la cascada
 Se precipita á la profunda umbría,
 Donde entre densas nieblas asombrada
 Al prado sale á ver la luz del dia :
 Deslízase del susto ya olvidada,
 Siendo del campo hechizo y alegría,
 Sobre alfombras de nacar, oro y grana,
 Y es viva imágen de la infancia humana.
 Mírala luego, montaraz torrente,
 Su caudal con las lluvias aumentando,
 Que veloz, atrevido é impaciente
 Por pedregosos valles va sonando :
 Apenas sufre ni el marmóreo puente,
 Ni el márgen, que acomete rebramando,
 Ni el firme robleal de su ribera,
 Ni el monte que se opone á su carrera.
 Ya llega á la escarpada catarata,
 Y sin mirar su riesgo, obedeciendo
 Al impetu, que ciego la arrebató,
 Se lanza á los abismos con estruendo ;
 Yace entre espumas de nevada plata
 Aprisionado su furor gimiendo :
 Y las ondas, al viento abandonadas,
 Tiñe el sol de colores variadas.
 Mas ya del hondo páramo se eleva
 Sobre el risco musgoso, que lo ataja ;
 Y á la campiña, que de pompa nueva
 Vistió el mayo gentil, airado baja :
 Redil y chozas por delante lleva,
 Y la encina firmísima desgaja :
 Y templado jamas y siempre altivo
 Es de la juventud retrato vivo.
 Allí aumentado á caudaloso rio,
 La estendida llanura dominando,
 Por los ribazos de su márgen frio
 Con magestad tranquila va pasando :
 No le amedrenta ni el sediento estío,
 Ni el sol, que le amenaza fulminando :
 Y sosegado en su feliz carrera,
 Mengua no teme y crecimiento espera.
 Mírale con qué orgullo desdeñoso
 Recibe los tributos, que á porfía
 Le rinden, ya el torrente impetuoso,
 Ya el manso arroyo de la selva umbría :
 La ribera, que el valle delicioso
 Con raudal apacible florecia,

Pierde su nombre, y en sonoro estruendo
Por el cauce fatal entra gimiendo.

Mas adelante otro soberbio halla
Tan audaz, tan valiente y tan crecido,
Opuesto en su camino. Undosa valla
Alzan las aguas: dóblase el bramido:
Disputan en acérrima batalla
De quien todo el raudal irá regido:
Vence, é hinchado la corriente eleva,
Y esclavizado á su contrario lleva.

Ingrato al bosque amigo, que acopado
Le adornó con sus sombras placenteras;
Pérfido al muro, que besó humillado
Cuando apenas llenaba sus riberas,
Bate, si crece, el torreón alzado,
Los troncos vuelca, inunda las praderas:
No hay ley, no hay freno, que su furia atajen,
Y es, mortal, de tus vicios triste imágen.

Mas ya su curso en pasos tortuosos
Quiebra lánguido y débil: mil corrientes,
Que van á herir los márgenes limosos,
Parten su fuerza en pequeñuelas fuentes:
Aquel raudal, que muros generosos
Combatiera y ciudades florecientes,
Es solo inerte masa y estendida,
Al soplo de los vientos sometida.

Ya, aunque indignado, ve que lo reprimen
Puentes soberbios, muelles elevados:
Que sus raudales retorcidos gimen
Del espón mazizo quebrantados;
Que mil bajeles la cerviz le oprimen,
De riquezas y crímenes cargados.
Del mar vecino la amargura siente;
Imágen tuya, ó senectud doliente.

Ya la cerúlea espalda amedrentado
Ve al ponto inmenso, que sorberle espera:
Ya solícito escucha y aterrado
El continuo rugir de la onda fiera:
Ya á su pesar camina arrebatado
Al tablazo estendido, donde muera:
Ya la mar le recibe dividida;
Y así, Fileno, acaba nuestra vida.

IV.

AL NACIMIENTO DE NUESTRA SEÑORA.

Huyó del polo el Aquilon sombrío:
Y el cielo, ya sereno,
Piadoso vierte el cándido rocío,
Que ocultaba en su seno.

En tus entrañas, tierra, agradecida
Recibe el don fecundo,
Y la salud prodúcele y la vida
Al angustiado mundo.

Florece, ó terebinto, y de tus flores
Brille la pompa ufana,
Al desatar sus claros esplendores
La plácida mañana.

Y de ellas el aurora refulgente
Orne sus manos puras,
Cuando hoy anuncie á la oprimida gente
El sol de las alturas.

Corre alegre, ó Jordan, y en sus riberas
De Jericó las rosas
Embalsamen del aura lisonjera
Las alas vagarosas.

El cedro inmenso la cerviz erguida
Levante al alto cielo;
Y su aroma dulcísimo despida
La cumbre del Carmelo.

Pasó la nieve del invierno triste;
Y del Hermon la falda
Depone el hielo rígido, y se viste
De carmin y esmeralda.

Albricias, Israel; ya compadece
El cielo tu gemido:
Vuelve al benigno sol, que te amanece,
El semblante afligido.

Mira el libertador, que de tu mano
Y del cuello doliente
Romperá las cadenas, y al tirano
Quebrantaré la frente.

Alza del polvo: ya empezó tu santo
La lid y la victoria:
Y cíniete, ó Sion, el regio manto
De tu esplendor y gloria.

Y convertida en gozo la amargura,
Con festivas canciones
Convoca el universo, y su ventura
Anuncia á las naciones.

V.

EL BESO.

Cual suele venciendo su márgen riscoso
 Lanzarse á las tierras
 Soberbio el torrente ; é inunda primero
 La humilde pradera :
 Y luego crecido con lluvia incesante
 No admite riberas,
 Y chozas y establos , ganados y puentes
 Las ondas se llevan ,
 Del súbito estrago el rústico huyendo
 Se acoge á la sierra ,
 Y allí guarecido los turbios raudales
 Seguro contempla :
 Así los furoros del niño vendado ,
 Que Jove respeta ,
 Al ver que domina con pérfido cetro
 Entrambas esferas :
 Burlé asegurado, buscando en tu pecho
 ¡Ay! Filis, centellas
 Del fuego inocente, que enciende las almas
 Con llama alhagüeña.
 Amiga constante, premiando mi afecto
 Gozosa y risueña,
 En plácidos juegos, en puras caricias
 Y en pláticas tiernas,
 Las horas sabrosas fugaces volaban,
 La vida con ella,
 De amor ignorando la risa dañosa,
 La ardiente saeta.
 Mas ¡ay! que en el pecho sintiendo á deshora
 Cual sierpe encubierta,
 La herida funesta probé de su aljaba,
 Que mata y recrea.
 Al bosque apacible de altivos laureles
 ¡Ay Filis! ¿te acuerdas?
 Huyendo de Febo llevónos un día
 La férvida siesta.
 Allí recostados al márgen florido
 De fuente encubierta,
 Que en mansos raudales los mirtos y rosas
 Alhaga parlera;
 De tórtola amante hirió nuestro oído
 La ardiente querella,
 Y en trinos suaves su fuego amoroso

Lanzó Filomena.
 No sé que torrente de llama sabrosa
 Corrió por mis venas ,
 Y en dulce esperanza de nuevos placeres
 Mi pecho enagena.
 Ansioso te pido el beso de amiga ;
 Y tú blanda y tierna ,
 Mi ardiente mejilla con boca inocente
 Buscabas contenta.
 ¿Porqué ya sedientos de gozos acerbos
 Te dí en vez de ella
 Mis labios, que osaron sellar por su daño
 La rosa entre abierta ?
 ¿Porqué, respirando su aroma divino ,
 Gusté de entre perlas
 La miel destilada, que fiera ponzoña
 Ya el alma me quema?
 Despues de aquel día, mi pecho encendido
 Sosiego no encuentra ,
 Ni el campo me agrada, ni busco del Bétis
 Las plácidas vegas.
 Dejé los amigos : los libros me enfadan,
 Y, Filis, tú misma
 Con blandos afectos, con puras caricias
 Mi pecho atormentas.
 Y al mal que padezco, querido bien mio,
 Remedio no queda,
 Si no haces que al beso, que fué mi ruina,
 Mil besos sucedan :
 Al nombre de amigo, delirios amantes,
 Y al prado y la selva,
 El tálamo blando, la antorcha fecunda
 Que amores sosiega.

VI.

SEGUIDILLAS.

Tú del bien de mi vida
 El seno adornas ,
 ¡O rosa! donde muero,
 Mueres dichosa.
 Que de ese cielo
 Te consume la envidia
 Y á mí el deseo.

Amoroso suspiro,
 Vuela á mi bella;
 Vuela tan silencioso,
 Que no te sienta:
 Y si te siente,
 Dile que eres suspiro,
 No de quien eres.

Tiende, noche benigna,
 Tu oscuro velo,
 Que me importa la vida
 Ver á mi cielo;
 Y amor me dice,
 Que tu sombra y su venda
 Me harán felice.

No te contentes, Fabio,
 Con ser querido:
 Camina á la victoria,
 Pues ya hay camino.
 Muchos se pierden
 Por dormirse á la sombra
 De sus laureles.

Yo desdeñé celoso
 Su tierno halago;
 Y ella los dulces ojos
 Volvió llorando:
 Y juez los celos,
 Ella fué la inocente,
 Yo fuí el reo.

MADRAZO

(DON PEDRO).

Nació en Roma el año de 1816 á 11 de octubre, hijo del acreditado pintor de cámara, don José de Madrazo, y de doña Isabel Kuntz. Hizo en el Seminario de nobles, de Madrid, sus primeros estudios de latinidad, elementos de literatura, lenguas, filosofía y matemáticas, á las que se dedicó despues con ahincó y gran aprovechamiento, tal que pasando por aquel tiempo á seguir la carrera de la jurisprudencia á la universidad de Toledo, el rector de ella y algunos doctores formaron mucho empeño en que Madrazo regentara la cátedra de matemáticas vacante á la sazón: cuya proposicion se resistió á aceptar por esceso de modestia, no contando entonces mas que diez y seis años. Recibido el grado de bachiller en aquella universidad, pasó á continuar su carrera á la de Valladolid, y en ella dejó muy buen renombre debido á algunas disertaciones literarias que leyó en la Academia de oratoria, con gran aplauso de un numeroso auditorio que acudia á escucharle.

De vuelta á Madrid, fué colaborador del *Artista*, periódico de artes y amena literatura que por entonces vió la luz pública, y escribió tambien con profundidad sobre bellas artes, en otro periódico político de aquella época, titulado el *Español*.

La insigne y antigua Academia de los árcades de Roma, queriendo dar un público testimonio del aprecio que hacia del mérito de este jóven y filosófico poeta, le admitió en su seno en 1835, con el nombre de *Mneseo Bético*.

Hemos visto unos comentarios que ha hecho al *Tratado de derecho penal, de Rossi*, los que esperamos que no han de tardar en ver la luz pública, así como otra obra original sobre el *sistema carcelario*, que tiene tambien concluida: trabajos que lejos de ser estériles para la ciencia, contribuirán por el contrario á su mayor adelantamiento. Tambien se ocupa en la actualidad en una ilustracion y juicio crítico filosófico de los cuadros de Rafael existentes en el real Museo de Madrid, obra que indudablemente reportará notables beneficios á los artistas españoles.